

Cuentos Nacionales

El diario comunista de Caracas "El Nacional" promovió también este año, para su fecha aniversaria, al igual que el año pasado, un concurso de cuentos.

Si el número de concursantes y de trabajos para aquel primer certamen fué insospechadamente crecido, el de este año sobrepasó aquella cantidad, y alcanzó proporciones que creemos no hayan sido nunca logradas antes en nuestro país en ningún concurso semejante.

La cifra de 168 cuentos del concurso de 1946, quedó ampliamente rebasada por la del presente año que fué de 227. Como algunos autores remitieron más de un cuento, podemos sin embargo dar por holgadamente cierto que fueron unos 200 autores diferentes quienes enviaron sus trabajos.

Como se ve, pues, por lo que hace al número el certamen fué todo un triunfo.

El hecho de ofrecerse un total de seis premios: un Primero, un Segundo, tres Terceros y un Cuarto, pudo ser un buen motivo para despertar amplio estímulo.

La impropia tarea de lectura, revisión y juicio imparcial, para luego adjudicar seis premios entre 227 trabajos, no puede entenderla bien sino quien haya alguna vez participado activamente como miembro en un jurado, aun en concursos de menor escala.

Afortunadamente, el Jurado en este concurso de 227 cuentos lo formaban tres veteranos de nuestras letras y de

reconocida competencia. (1) Y así el fallo suyo en la adjudicación de los seis premios puede considerarse como justo y atinado.

Por tanto: cuanto podamos luego decir en torno al contenido, valor y significación de los cuentos premiados, en manera alguna afecta a la sinceridad y justeza del veredicto de los miembros del Jurado. Estos tuvieron que habérselas con la clase de material enviado por los autores. Y adjudicar los premios conforme al valor relativo que hallaron en aquellos trabajos. Cuando las cláusulas o condiciones para un concurso y la obtención de un premio son amplias, y poco precisas o severas, el veredicto tiene necesariamente un valor relativo, de mera otorgación de premio, aun cuando al otorgarlo se aduzcan frases de tono elogioso, ya que esto último se considera fórmula convencional, y no juicio consagratorio de la obra premiada.

Pasados ya varios meses de la premiación y aun de la publicación de esos cuentos, creemos que ya pertenecen éstos al acervo de nuestra producción literaria, y que bien se puede hacerles algún comentario crítico llano y sincero, y sin la menor intención de suscitar desagradados o de herir susceptibilidades.

(1) Fueron los miembros del Jurado, los conocidos escritores Rafael Angarita Arvelo, José Fabbiani Ruiz y Ramón Díaz Sánchez.

Hemos de confesar ingenuamente que después de leídos y analizados con alguna detención los seis cuentos premiados, con un verdadero deseo de apreciarlos y admirarlos, no pudimos sino experimentar más bien una ineludible desilusión, y hasta una intensa preocupación.

Y es que del conjunto literario que forman esos seis cuentos premiados, se desprende espontáneamente esta deprimente conclusión: ¡qué profunda decadencia literaria estamos atravesando! ¿Y esto por qué?

Porque no puede menos de juzgarse y aceptarse como muestra de grave decadencia literaria, un conjunto de cuentos, escogidos y premiados como los seis mejores entre 227 de todo el país, y en los cuales —en general hablando— los temas utilizados y su desarrollo, la ideología, los elementos ambientales, y en algunos de ellos hasta las expresiones y el mismo estilo; en una palabra, todo lo que constituye el propio cuento no logra despertar en el lector ni el pensamiento de un ideal, ni una aspiración elevada; y ni siquiera una noble y serena sensación de la belleza, fin supremo y necesario de toda obra literaria artística. (2)

Los personajes centrales de todos esos cuentos forman una colección humana bien triste! Tomándolos en el orden de premio asignado, encontramos esto: en el Primero, un indio del campo, fracasado, lleno de miseria y de podredumbre física, postrado en horrible desesperanza; en el Segundo, un negro, peón fracasado, desertor de una recluta que nos cuenta una vida inútil; en el Tercero A, un joven dibujante de una empresa petrolera, a quien lo único que vemos hacer es enredarse en una vida de adulterio de trama un poco inverosímil; en el Tercero B, un

inmigrante italiano, zapatero remendón, que se amanceba con una negra empleada, a quien no amaba, y de la que tiene una hija que muere al poco tiempo; en el Tercero C, un profesor que precisamente desarrolla todo un proceso mental en torno a la palabra clave de toda su vida, la palabra fracaso; y en el Cuarto, un peón de ganado de quien no llegamos a entender exactamente cuál es el tema o episodio de su vida que da base para el cuento.

Así descarnados y reducidos a síntesis los personajes protagonistas de cada uno de esos cuentos, y el rumbo de su existencia en el episodio captado por cada autor, advertimos pronto que todo ello es un material humano de tan difícil contenido artístico, —por decir lo menos—, que necesariamente estaba exigiendo mucho de los autores que se acercaran a tratarlo.

Ese contenido artístico de difícil extracción que señalamos en aquellos personajes y en su género de vida, requerían gran elevación de miras y gran destreza y vigor artístico en los autores; y esto tanto más cuanto que la estructura íntima del cuento y sus mismas limitadas dimensiones no dan lugar a un proceso lento y gradual transformador de una materia ruin en obra de belleza.

Y adviértase que no le estamos negando, en principio, el positivo valor artístico que podía albergarse en aquellos temas y personajes. Pero, señalamos sí, como síntoma que da pie para temer que atravesamos una decadencia literaria, el hecho de que los seis autores premiados con los primeros premios, se hayan todos fijado en la vida de personajes fracasados y que están muy por debajo del nivel medio normal de los individuos de igual o perecida esfera social. Y no es sólo esto. Aun dada como normal esa coincidencia en el escoger de esos temas, desalienta y preocupa mucho más otro hecho, a saber: los personajes así escogidos y el episodio de sus vidas, se impusieron y dominaron a los autores, los arrastraron en pos de sí, y los hundieron en su propia miseria y fracaso. O en otros términos: la materia aquella de difícil tratamiento o contenido artístico se quedó al final de cada cuento tal y como estaba al principio de ellos. De modo que los autores se redujeron al oficio de meros cronistas o

(2) Los títulos de los cuentos, y el nombre de sus respectivos autores, son los siguientes: Primer Premio, *El hombre y su Verde Caballo*, por Antonio Márquez Salas; Segundo Premio, *Un negro bajo la luz de la luna*, por Arturo Croce; Tercer Premio A, *Arco Secreto*, por Gustavo Díaz Solís; Tercer Premio B, *El Inmigrante*, por Federico Rodríguez; Tercer Premio C, *Destino Cumplido*, por Guillermo Meneses, y Cuarto Premio, *Eduvigis el de Las Canales*, por Eliezer Sánchez Gamboa.

relatores de episodios o de vidas de seres humanos fracasados. No realizaron la labor del artista, —que eso tiene que ser el cuentista— que crea la belleza, y que como el escultor aun con barro ínfimo sabe realizar la obra creadora y artística.

Si el cuento ha de ser, como todos lo entendemos, una obra de arte, no puede reducirse, —sigase la escuela literaria que se quiera—, a la mera biografía o relato natural y auténtico en torno a un personaje. Hay que hacer el trabajo creador y elevador, hay que infundir en aquella materia una vida que no posee; pero esto no puede consistir únicamente en la forma exterior, en el ropaje literario. Mal harían un estilo bello y unas formas escogidas en revestir un fondo de miseria y fracaso. Un niño harapiento y sucio, y lleno de malas costumbres, no se habrá regenerado con sólo que se le bañe, se le peine y se le vista de limpio. La obra artística educadora se habrá logrado cuando, además de eso, se haya orientado aquella mente y fortalecido aquella voluntad para el deber y el bien.

Y esta es la enseñanza que brota a raudales de las páginas de los verdaderos cuentistas y novelistas de todas las literaturas. Cuando el inmortal montañés Pereda escribe "Sotileza" no puede estar manejando material más ruín y repulsivo. Y sin embargo, como verdadero artista Pereda va transformando aquellos elementos y creando un cuadro de elevación y belleza que difícilmente ha sido superado en las letras castellanas.

Cuando nuestro Urbaneja Achelphol escribe "Ovejón", no hay duda de que echa mano de un personaje degradado y fuéra de la ley; y eso no obstante, logra plasmar uno de los mejores cuentos de nuestra literatura, en el que hay elevación y nobleza de sentimientos.

Y podríamos multiplicar los ejemplos. Pero ya por los dos aquí aducidos se verá que ni estamos abogando por una labor cuentista dulzarrona o color de rosa, (al estilo tan meritorio y que aplaudimos de autores como Trueba), ni tampoco buscamos ni pretendemos que nuestros cuentos sean piezas moralizadoras o ejemplarizantes. Y esto lo decimos desde ahora, para salir al paso a torcidas interpretaciones que puedan darse a estos comentarios.

El tipo medio de lector de periódicos, con su dosis de afición por la literatura, y con un innato y sencillo buen gusto que no se ha contaminado con teorías ni cánones de escuelas ni de tendencias literarias, suele ser un indicador acertadísimo y sincero de las buenas y malas producciones artísticas. Y si en el campo literario se usase entre los escritores expresar con más llaneza y sinceridad su opinión, veríamos que ésta coincidía casi siempre con la del común de los lectores no literatos pero que gustan de la buena literatura.

No exajeramos al decir que en general los cuentos premiados en el concurso que nos ocupa, no han gustado a los muchos lectores a quienes hemos preguntado su parecer.

El cuento que obtuvo el Primer Premio es de los que más mal parado queda en la opinión del público lector. Todos hablan de él con repugnancia; varios lectores lo dejaron a media lectura; y generalmente otros lo citaban, como "el cuento de la gusanera", o de la pierna podrida, o de los gusanos y el pus, etc. Y no se quedaron con apenas nada más.

Y es que ciertamente ese cuento "El hombre y su Verde Caballo" aparece tan recargado de pinceladas crudas y malolientes, que a primera impresión, —la del simple lector—, la pierna podrida, agusanada y manante, del indio Genaro, es todo el cuento. Si a esto se añaden otras cuantas indicaciones sucisimas y plenas de vulgaridad, muy pocos serán los lectores que por agradable pasatiempo quieran dedicarse a averiguar o interpretar el simbolismo y la intención social de todo el relato. Y en realidad dicho cuento es un mero relato que hace el autor de las desdichas (¿injusticias?) del campesino Genaro, cuyo verde caballo es la tierra, la tierra de loño verde sobre la que ha cabalgado toda su vida. El relato se alarga, se alarga; no hay diálogo, no vemos la trama de un argumento que parece no existir. Y todo ello hablado en un lenguaje que a la continua no se sabe cuándo es figurado o cuándo es directo. No pocas veces el estilo nos ofrece pasajes como estos: hablando del pobre indio, echado en su choza y prendido en fiebre, dice: "Sabe que por su sangre anda ya aquel estuoso delirio, donde se mezclan hongos de veneno latente creciendo como

vérrugas, llaves de latas de pescado, tijeras destrozadas, espuelas abandonadas que se hundían en el légamo de los charcos como patas de gallo, objetos de barro ennegrecido, que se deshacen entre los verbenales". Y más adelante al decirnos que Domitila, "la mujer del indio, va pensando en éste a quien tiene enfermo en la choza, leemos esto: "Piensa en él, Genaro, hombre suyo tantas y tantas veces. Hombre suyo hasta por toda su vida, hasta por la primera vez de su vida suya, tan suya que nadie más la salvaría ya de cargar con estos tres hijos suyos, paridos, malditos y benditos todos los días de hambre y de hartazón". (!)

Leer un cuento así escrito, no produce placer estético. Querer entenderlo, produce un trabajo, del cual no queda uno satisfecho. Y sobre todo: la pobreza, o más aún la carencia casi asobluta de espiritualidad en ese relato no puede menos de causar positivo descubrimiento. Para el autor parece como si no existieran otros valores que los de orden meramente material. Con lo cual él, como intérprete de los personajes de su relato o cuento, reduce a aquellos casi a la pura animalidad. Y esto tanto más se destaca así cuanto más vemos a esos personajes en situa-

ción de miseria y de fracaso. Y ante esto nos ocurre exclamar: ¡Pobrecitos Genaro, Domitila y sus hijos que en medio de su gran miseria, ni siquiera se encontraron con un autor benévolo, lleno de humanismo y de energía espiritual que los sacara de su abyección!

¿Tiene ese cuento un simbolismo, o trata de dar expresión viviente a una idea social o a un reclamo de injusticia o abandono? Tal vez ese quiso ser el intento del autor, pero no podemos afirmarlo. Y por otra parte, con la acumulación desmedida y fatigante de tantos elementos y circunstancias repulsivas, ¿puede forjarse no ya la mera obra artística literaria, pero ni siquiera el interés social y humanitario en pro de los desheredados? Señalar lacras y dar relieve a situaciones anti-humanas es tarea fácil, y muchos lo hacen. Pero buscarles solución es lo que importa, y para ello alumbrar el camino no con la mera luz de lo material sino también con la del espíritu.

Ojalá que Márquez Salas, en quien se advierten dotes de esfuerzo y laboriosidad, logre encauzarlas hacia una obra literaria bien orientada y pulcramente ejecutada.

(Continuará)

Pedro P. Barnola, S. J.

